Baltine

la Hija de Velvur

Antonia María Chico Lobato

SAMARCANDA

Baltine la hija de Velvur

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2017, respecto a la primera edición en español, por:

© Antonia María Chico Lobato
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417103088
E-book: 9781524303372

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, Planta 3, 41001, Sevilla
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

Dedicada a todos los lectores de *Velvur, el druida*, por animarme a seguir la historia.

Con agradecimiento para quienes ven a Velvur como un personaje al que imitar por su valentía, coraje, sacrificio, esfuerzo y generosidad, valores tan poco apreciados hoy en nuestra sociedad.

Notas de la autora

Tras cinco años de intenso trabajo, por fin vio la luz mi novela *Velvur, el druida*. Jamás pensé que ese tiempo de esfuerzo y vicisitudes me compensaría con creces: las impresiones de muchos lectores, quienes escriben incluso a mi correo electrónico, sobre el personaje y la historia, concluyen que, efectivamente, este libro ha gustado. También me animé cuando, a tan sólo dos meses de su publicación, la Universidad de Sevilla me informó de que había resultado finalista del premio «Valor Literario» de la Facultad de Comunicación.

La primera presentación de esa novela tuvo lugar en el salón de actos del Ilustre Colegio de Abogados de Sevilla, al que pertenezco desde 1982, con la amable acogida de don José Joaquín Gallardo, su decano. Y a partir de ahí, en una labor constante de divulgación, me ha llevado por toda Andalucía: a Algodonales, donde nací, uno de los pueblos blancos de la sierra gaditana; a Olvera, también en Cádiz; a El Saucejo, Sevilla; a Valdelarco, Huelva, en un colegio público, ante treinta alumnos, palpando el gran entusiasmo de los pequeños por la lectura; o a Málaga, en la sede del Centro Andaluz de las Letras, mediante su programa «Escaparate Andaluz», haciéndose eco importantes medios de comunicación como el diario *La Opinión*. No descarto ningún lugar que acoja mi iniciativa: bibliotecas, aulas de cultura, asociaciones de mayores, clubes de lectura..., todos tienen la misma relevancia para mí. Esfuerzo que, al final, me dio la posibilidad de estar presente en la Feria del Libro de Sevilla 2016, un logro impensable.

Siento enorme alegría cuando unos padres entusiasmados me dicen que por fin ven a su hijo interesado con un libro, que están disfrutando juntos del personaje de Velvur. Ése es mi objetivo principal: llegar a todas las edades, colaborar en la difusión de la lectura.

Mientras escribía su segunda parte, *Baltine, la hija del fuego*, recibí autorización de la Real Sociedad Económica Extremeña de Amigos del País para presentar *Velvur, el druida* en su sede de Badajoz. Curiosa esta coincidencia con Extremadura, pues comparto la teoría de algunos investigadores que ven a Viriato como nuestro «druida hispano». Me gustó enormemente esta invitación, que agradezco a don Alfredo Liñán Corrochano, su presidente, y a Luis García Calderón, mi compañero de la Facultad de Derecho, quien me acompañó durante el acto y dedicó unas bonitas palabras sobre nuestros años universitarios.

Mi reconocimiento también a cuantos amigos y personas próximas me inspiraron para desarrollar los personajes ficticios de *Baltine, la hija del fuego*. Es el caso de Rafael Nadal Parera, deportista excepcional en el que me basé para caracterizar a Halixeo por su gran personalidad y agradable carácter. Él reúne todas las propiedades de un guerrero. Sus victorias y esa manifiesta nobleza van unidas a un corazón bravo y honesto, haciendo las delicias de quienes le rodean y pueden verlo en acción. Yo conservo el placer de haberlo disfrutado *in situ* durante la final de la Copa Davis del 2011, celebrada en Sevilla.

Aquí continúa, pues, la historia de Velvur, que desvelará muchos sucesos e incógnitas que quedaron en el aire. ¿Con él se inicia una estirpe de druidas especiales? ¿Cómo vive la hija de un gran gue-

rrero? ¿Ha heredado sus dones? ¿Qué fue de la hermana secuestrada, Henari? ¿Cuál es el estado de Salmah tras la muerte de su esposo? ¿Janto y los demás druidas desaparecen en las guerras de Persia con Alejandro Magno? También veremos cómo la invasión de los griegos, importante acontecimiento histórico, influye en el devenir de los personajes. Una mezcla de fantasía y realidad que acompañará a todo el argumento de principio a fin.

Prólogo

Es la primera vez que alguien me pide que escriba un prólogo, en este caso para un libro, pues hay unas cuantas clases de prólogos.

Puede ser un discurso precedente a la obra de teatro, puede ser una parte dramática de la obra al principio relacionada con su tema principal, o tal vez aquello que sirve de exordio o principio para ejecutar una cosa; y puede ser y es del que más sé, el montaje especial y de poca duración (3 o 4 minutos) de una película, donde en unas secuencias bien construidas vislumbramos y sentimos de que va ir esa historia. Es el "Tráiler" de la película como se le conoce profesionalmente; aunque ya es también de conocimiento popular, y muchas veces la gente los comenta y disfruta antes de que veamos el largometraje que pondrán en la sala donde estamos. Pues bien, como no podía ser de otra forma yo, si me lo permiten, voy a rodar el prólogo de "BALTINE, LA HIJA DE VELVUR".

Pantalla oscura.

La música empieza a sonar, se oye el grito de un pájaro y el ruido del viento inunda la sala. Poco a poco se va iluminando esa blanca pantalla:

Desde el cielo una majestuosa águila vuela unas montañas. El paisaje es de un ecosistema mediterráneo.

Una ciudad aparece a los ojos del ave. Es hermosa y un templo la corona desde lo alto. Estamos en una época lejana, casi 400 años antes de Cristo y unas imágenes de las calles así nos lo sugieren.

Una niña acaba de nacer, su madre la abraza.

Una mujer a su lado le dice: "¡es una niña!". La madre la abraza y llora de alegría. La cámara se acerca al bebé recién nacido.

Unos druidas de largas cabelleras y hermosas túnicas miran al cielo, parece que han sentido ese nacimiento.

Una serie de imágenes nos hacen ver como esa niña va creciendo. Salta, corre, dispara un arco y lucha con un niño en un juego más bien masculino. Al levantarse del suelo en un efecto rápido se ha convertido casi en una mujer y con sus grandes ojos mira a la cámara.

En un templo un druida se gira hacia nosotros y la cámara llega hasta su curtido y atractivo rostro. La niña corre a su encuentro y él la abraza. Una bella mujer, su madre, mira la escena con ternura. El druida cruza una mirada con ella. El amor traspasa la pantalla.

Un grupo de guerreros irrumpe en un poblado matando y raptando a las mujeres. Todo es dolor, gritos y muerte. Estamos en una época de difícil supervivencia. Una mujer se defiende como un hombre y mata a un guerrero, pero es reducida finalmente. El rostro del "malo", con una terrible cicatriz llena la pantalla.

Baltine, nuestra protagonista sin duda alguna, corre por la montaña con un arco. Un leopardo la persigue. La muchacha y el animal se encuentran en un claro, parece que va a empezar una lucha terrible pero se miran y el leopardo agacha la cabeza. La chica levanta la mano y sonríe, su sonrisa ilumina la pantalla y con ella nos vamos al cielo donde el águila vuela libre sobre un mundo cruel, duro, implacable, pero lleno de magia, lleno de solidaridad y amor. Lleno de

aventuras, donde los sentimientos tienen un valor diferente y las relaciones entre sus protagonistas nos hacen envidiar esa vida más emocionante, más aventurera, más vida al fin y al cabo.

Sobre esas imágenes aéreas aparece el título de la película. Parece escrito sobre grandes losas de piedras:

"BALTINE, LA HIJA DE VELVUR"

El título se descompone como arena y cae sobre la montaña convirtiéndose en lluvia. Una mujer de espaldas con una túnica mojada que marca su hermoso cuerpo, se gira hacia nosotros y nos traspasa con sus grandes ojos. Es Baltine la hermosa hechicera.

La pantalla se vuelve oscura y nos deja a todos sorprendidos por lo que acabamos de ver. Como buen tráiler no hemos visto el desenlace final. Las imágenes todavía rondan por nuestra cabeza y lo único que podemos pensar es que sin duda habrá que ir a ver esa película: "Baltine, la hija de Velvur".

Que ustedes la disfruten.

Alvaro de Armiñán
Sevilla, 21 de mayo de 2017.

Capítulo I:

La hija del fuego

Es un día apacible del año 362 a. C. Salmah está de parto. Me encuentro a punto de nacer. Unas veces oigo su voz; otras, silencio. Apenas unos segundos bastan para que el sonido rítmico de su corazón cambie, acelerándose vertiginosamente, y, empujada por una fuerza de la naturaleza, Salmah da a luz.

—¡Señora, es una niña muy bonita! —clama inquieta Daunia—. Está sana. Tiene un pelo negro abundante, gran talle y largas piernas.

—¿Se parece a mi madre o a mí? —pregunta Salmah.

—Es igual que usted. Ahora se la llevo. Pero sus ojos... son tan diferentes a los suyos —comenta la sanadora un tanto asombrada.

—¿Por qué no llora? ¿Ocurre algo con sus ojos?

—¡No le pasa nada, mi señora! Está observándome y sonriendo.

Daunia no quiere revelarle que mi mirada, como la de Velvur, es de un azul intenso, prefiere que Salmah la descubra por sí misma. Inspecciono todo el lugar. Con mucha delicadeza, me pone unas ropas preciosas. Efectivamente, no lloro al nacer. Salmah espera ansiosa mientras Daunia me acerca.

—¡Tráela! Tengo tantas ganas de abrazarla...

Salmah me coge entre sus brazos y piensa un nombre para mí: seré Baltine, «hija del fuego».

Daunia cierra las grandes puertas de los balcones. Hay mucho alboroto junto al templo. Las calles de Sardes festejan sus fiestas de la paz. Los habitantes cantan, bailan, disfrutan del buen tiempo, recogen la primera cosecha del año y, por costumbre, conciertan las bodas de sus hijos. La noticia de mi nacimiento ya ha trascendido. Los lugareños festejan también que soy una niña.

Algunos días después, mi madre me pasea por los jardines. Puedo sentir su corazón.

—La diosa *Unit* me ha favorecido. ¡Es un regalo! Cuando mire a Baltine veré a Velvur. Él siempre estará conmigo, aunque no sepa dónde se encuentra ahora. La he examinado con atención todo este tiempo para cerciorarme de que sus ojos no cambian de color.

Pasan seis meses y crezco fuerte. Cada vez me parece más fácil entender el pensamiento de Salmah. ¿Cómo resulta posible? ¿Y quién es ese Velvur por quien tanto suspira? Los sentimientos de mi madre se mezclan en estos momentos con imágenes de su memoria. Puedo verlas: el amor entre ambos es enorme. Sonrío dulcemente como hacen los bebés.

—Esta mirada de la niña... lleva un mensaje. Extraordinario, tan pequeña y puedo comprenderla. Quizá haya heredado el don de su padre —piensa Salmah, que me acuna y alimenta a la vez. Tengo sus mismos labios gruesos, su misma complexión delgada. Llama a Daunia y le pide—: Por favor, deja a Baltine en su cuna, voy a descansar.

—Enseguida, señora. Yo cuidaré de ella.

El cariño de Daunia hacia su mentora se mezcla con el respeto y la admiración. El sueño de mamá es profundo. ¿Dónde está Velvur? Lo siento vivo. Pero ahora quiero dormir; yo también estoy cansada, muy cansada...

Durante estos primeros meses de vida, llegan al templo muchos amigos e invitados con regalos para Salmah y para mí. Las esclavas y Daunia celebran estos presentes como si fueran propios. Hermosas telas de seda, joyas, peines, espejos. La alegría es inmensa.

Pasan los días. Salmah y Daunia me pasean por las terrazas con piscinas de agua. Las doncellas me hacen reír y cantan hermosas canciones mientras bailan y tocan el arpa o la flauta. Es un bonito lugar donde vivir con mamá.

Cada vez es más fácil comunicarme con ella; creo que me entiende porque sus pensamientos varían cuando la miro. ¿Cómo podemos entendernos sin mediar palabra? ¿Puede que Velvur sea la razón? Aunque ya tengo más de un año y sé hablar. Pero esta noche tengo hambre y así se lo transmito sin emitir sonido alguno. Sentada en su lecho, mira la terraza y piensa en Velvur. Es una madrugada aplacible, el calor ha pasado y la escasa luz de las antorchas permite disfrutar del cielo estrellado. Pese a que las puertas y ventanas están cerradas, un leve soplo de aire nos envuelve de repente. Oigo que alguien susurra su nombre: «Salmah». ¿Quién es? Mi madre se estremece y contesta: «¿Velvur?». Todo pasa rápidamente. Un breve encuentro con Velvur. Yo lo he visto, pero Salmah no. Está pensativa: sabe que él estuvo aquí, muy cerca, aunque no entiende cómo.

Ha pasado ya mucho tiempo desde aquel encuentro entre mis padres. Salmah ocupa sus días cuidando del templo y de todos los que acuden con consultas a la diosa *Madre*. Ella y Daunia creen que

estoy dormida, pero las veo a las dos desde lejos ofreciendo a la diosa sus oraciones por los heridos, enfermos y difuntos. Me gusta contemplarlas cuando arreglan el altar. Yo puedo andar sola perfectamente, pero me lo prohíben aún, así que simulo dormir y las sigo con mi pensamiento.

—¿Dónde vas, mamá? Déjame ir contigo. —Le tiendo los brazos, le mando un mensaje a su cerebro. Salmah está encantada, asombrada.

—No, pequeña, es muy temprano y hace frío. El invierno aún está con nosotros. Descansa, debo atender los ritos de la mañana.

Daunia se queda conmigo. Me adora. Con ella también puedo comunicarme de las dos formas. Seguro que ambas ya han recibido este tipo de mensajes antes. Al acabar sus tareas, la mente de Daunia se ocupa con una persona que no conozco, que no está ni vive aquí. Esta imagen aparece frecuentemente en su memoria y su espíritu se conmueve del mismo modo que el de Salmah cuando piensa en Velvur.

—Daunia, ¿por qué andas triste? ¿Estás enferma?

—No ocurre nada, Baltine. Salgamos a pasear.

Daunia me coge la mano y sonríe. ¿Es mi tacto el que calma su sufrimiento? Aparte de los ojos azules de Velvur, he heredado otros dones. Lógico, pues la diosa *Madre* obró un prodigio para que él y Salmah se encontraran, se enamoraran y, tras un sólo encuentro, quedara embarazada.

—Señora, la pequeña me habla... como Velvur —le cuenta Daunia a la sacerdotisa.

—Lo sé, Daunia, y me alegro de que tú también lo hayas notado. Creo que su nacimiento en este entorno seguro y agradable ha hecho que desarrolle sus capacidades muy pronto. Velvur las descubrió siendo ya adolescente, cuando la vida de toda su familia estaba en peligro. Realmente es extraordinario que Baltine lo muestre ya. Tenemos que educar a Baltine para encauzar ese don y otros que puedan manifestarse durante su crecimiento. Tú me ayudarás, Daunia.

—Sí, mi señora. Quiero tanto a esta pequeña... Y he notado algo más —añade Daunia.

—¿A qué te refieres?

—Su contacto modifica mis sentimientos. Lo ha hecho varias veces. Y ella es consciente.

Salmah tendrá que contarle muchas cosas a Velvur sobre mí cuando vuelva. Y se alegra por ello, sin embargo, al mismo tiempo, teme que la niña, con ese poder mental, descubra el secreto que guarda en su corazón: la visión de Velvur, muy joven, malherido en brazos de Janto. ¿Cómo puede esconderle ese sentimiento? A veces esa imagen le asalta. ¿Y si Baltine accede a ella? Si le hablo de este recuerdo, sufrirá sin necesidad siendo aún tan pequeña, y además podría leerla Velvur; si no le cuento nada, lo averiguará ante cualquier momento de debilidad. Aún no es momento para llevar esa carga, lo sé por experiencia. Quizá deba dejar que pase un poco el tiempo, ver cómo evoluciona Baltine y decidir después. Aún es muy pronto para preocuparme.

—Mamá, ¿por qué sufres? Hablas en sueños y estás inquieta.

—No es nada, Baltine, sólo asuntos del templo. ¿Quieres venir hoy a curar a los enfermos? Ya tienes casi tres años.

—Sí, mamá. Me encantaría aprender. Llevaré las plantas y el lino para los vendajes. Te ayudaré en lo que pueda.

En el atrio del templo se reúnen muchas personas para pedirle a Salmah asuntos de toda índole: que les asista durante el parto, que presente a sus hijos ante la diosa, que les dé comida. Me sorprende la sabiduría de mi madre, su capacidad para atender a todos. Reparte alimentos entre cuantos llegan desde otras ciudades y aldeas lejanas. Su fama de buena sanadora es notable y conocida en todo el reino de Lidia. Son tiempos duros para los lidios y Salmah utiliza cada recurso del templo para cuidar a los necesitados.

—Mamá, ¿qué le ocurre a aquel hombre? Sus ojos están perdidos, pero no tienen heridas. ¿Por qué se lamenta? ¿Puedo tocarlo?

—Puedes, Baltine, si así lo sientes.

Me aproximo al hombre y, con gran esfuerzo mental, hago que me mire. Sus ojos de espíritu perdido están vacíos, sin expresión alguna. Le toco la cabeza y penetro en ella como una mano en el agua limpia y clara del río. Una sucesión de imágenes crueles y desdichadas se cruzan; su cerebro está colapsado. Mantengo mis manos sobre su frente. Deseo con toda mi energía interior que deje de sufrir y lo consigo. Sus ojos recobran vida; su alma, esperanza. Cesa el dolor. El hombre se levanta y pregunta cómo y por qué está allí, no entiende qué le ha sucedido, pero está feliz. Su esposa se me acerca y besa mis manos. Salmah sonríe satisfecha. Evoca entonces la imagen de un joven aspirante Velvur durante la prueba del sacrificio, cuando el cordero iba sin miedo tras él después de haberle acariciado la cabeza.

—Baltine, ¿cómo has conseguido que el hombre no sufra?

—Lloraba por dentro. Tenía recuerdos horribles y se los he borrado. Hay muchas personas aquí con ese mismo problema, mamá. Incluso niños de mi edad. Siento sus pesares cuando estoy cerca. Vendré contigo diariamente y los curaré, les haré olvidar sus miedos y penas.

—Me alegra que pienses así, hija. Demuestras una fuerte capacidad de hacer el bien a los demás.

Capítulo II:

La visita del druida

Tengo más de tres años cuando conozco a mi abuelo Tántalo. Una mañana, Salmah ordena a Daunia los preparativos de una visita importante. Siento curiosidad; hace mucho tiempo que no llega nadie nuevo al templo. Ahora que lo pienso, he visto un águila enorme hoy. Me sorprendió porque parecía saber dónde posarse, igual que una paloma mensajera. Avisan a Salmah de que la visita viene de Éfeso y se quedará unos días. Mamá ha dado las órdenes oportunas para esa entrevista y yo lo he oído todo. Quiero ver otra vez al águila cuando regrese a Éfeso con la respuesta entre sus garras. Es enorme, vuela muy alto, bate el aire majestuosamente. Me gusta mirarla, nunca he visto otro animal así, tan poderoso. El plumaje en la punta de sus alas es blanco y, al volar, provoca un bonito contraste con su cuerpo negro. Salmah nota mi interés hacia el ave y me asoma a la ventana para verla partir.

—Mamá, ¿por qué trae el mensaje un águila y no una paloma?

—Pertenece a un druida muy especial que conoce cómo domarla, Baltine. Es un sabio poderoso. Ya lo conocerás.

—¿Un druida es una persona sabia?

—Sí, estudia mucho. Sabe matemáticas, astronomía, filosofía, leyes... Sabe de tormentas, de cosechas... Sabe luchar, cazar, ver el futuro... Y además es sanador.

—Entonces tú también eres druida, mamá.

—Sí. Tu abuela me enseñó cuanto sabía y, cuando estuve preparada, me examinaron los hombres sabios del Consejo de Ancianos. Son seis, y el druida que vive en Éfeso es su presidente, quien lo decide todo. Tu abuela también desempeñó ese cargo.

—¿Cómo se llama ese hombre sabio que va a venir?

—Tántalo, sumo sacerdote del templo de Éfeso.

Días más tarde, al despertar en una hermosa mañana de primavera, busco a mi madre desde la terraza de su dormitorio y la encuentro paseando con un hombre mayor por el jardín. No le reconozco. Debe ser la visita anunciada. Sus ropas son largas, telas de lino y seda, con dibujos geométricos en los bordes. Son especialmente bonitas y diferentes a las que llevan los hombres aquí. Lleva también un bastón, como Salmah cuando realiza ceremonias y sale a curar a los enfermos, aunque no lo necesita para andar. Al mediodía, Daunia me prepara y acompaña al salón donde se encuentras los dos. Suelta mi mano para que me acerque. Puedo entonces ver mejor al invitado. Su mirada es profunda; sus ojos negros están llenos de sabiduría. Miro a mamá y ella, con un gracioso gesto, me indica que observe al huésped. Sé quién es: mi abuelo.

—¿Cómo sabes que soy tu abuelo?

—¿El águila es tuya? —le pregunto—. ¿Puedo verla ahora? ¿Cuál es su nombre?

—Sí, el águila es mía. No tiene nombre. La podrás ver más tarde, ahora está cazando... Eres muy curiosa, Baltine. —Una sonrisa ilumina su rostro alegre mientras me mira. Creo que busca algo en mi cara..., en mis ojos... quizás ha notado que leo sus pensamientos...

—Al mirarme, me has dicho todo.

Un guiño cómplice se cruza entre Salmah y Tántalo al oír mi contestación. Me gusta mi abuelo. No se parece mucho a Velvur. Me despido de él y le pido que venga más a casa. En realidad quisiera que se quedara con nosotros. Como mamá, oculta secretos sobre mi padre, y lleva consigo una luz blanca (la de Salmah es rosa).

Me despierto temprano y no encuentro a mi madre por las habitaciones. Salgo corriendo al atrio. Mi abuelo se marcha, quiero despedirme de él.

—Volveré pronto, Baltine. Te has despertado muy temprano. ¿Ha sido Daunia?

—No, de repente sentí que te ibas. ¿Puedo pedirte algo?

—Claro, lo que quieras. ¿Telas para un vestido? ¿O quizá unas sandalias nuevas?

—La próxima vez que vengas trae a mi padre, Velvur. ¿Lo harás?

Mi abuelo se sorprende al oír mi petición; mira a Salmah, quien se encoge de hombros.

—Por supuesto, Baltine, te lo prometo.

Tras un cariñoso abrazo, Tántalo se dispone a partir. Su águila, que reposa en la fachada del templo, revolotea hacia él a su señal. La miro curiosa. Deseo tocarla. La llamo con mi manita. El ave, que iba hacia Tántalo, vuelve ahora en mi dirección y se detiene a mis pies. Le acaricio el cuello. Los esclavos y soldados del templo se asuntan al verme tan cerca del águila, pero Salmah les ordena que no intervengan. Al momento vuela de nuevo junto a Tántalo, posándose en la silla que transporta al druida.

—¿Quieres una para ti, Baltine? —me pregunta mi abuelo.

—¡Oh, sí! ¿Y me ayudarás a criarla?

—Por supuesto. Y también te enseñaré a que te obedezca.

—¡Me encantaría! Así estaremos juntos muchas veces. Las águilas me gustan. Son fuertes y vuelan alto. Pueden ver las cosas y a las personas desde arriba. Como yo. ¿Puedes tú, abuelo?

—Yo no, pero creo que Velvur sí. ¿Has visto en alguna ocasión a tu padre?

—Sí, una vez. Vino un momento para ver a mamá. Entonces yo era muy pequeña, pero lo reconocí.

—¿Salmah lo sabe? —Tántalo mira a mamá, que está tan sorprendida como él.

—No, abuelo. Ella nunca me ha preguntado sobre esto.

—Ya hablaremos de ello cuando vuelva Velvur —dice mi madre mirando a Tántalo.

—Bien. Estoy deseando tener esa conversación. Es maravilloso que los dioses hayan mirado a tu hija con tanta generosidad.

—Un prodigio —dice Salmah.

—Pues entonces, Baltine —sentencia mi abuelo—, te traeré un huevo de mis águilas.

Le beso con gran ternura y le digo adiós. Tántalo da la orden de partida y dedica una señal de respeto y despedida a mamá. La comitiva se pone en marcha seguida de las miradas de los curiosos allí congregados. Su águila emprende el vuelo junto a ellos. La sigo en el aire asombrada de que un ave salvaje tan grande obedezca. Quiero a

mi abuelo y empiezo a respetarlo como druida. Muchas personas, al paso del sumo sacerdote por las calles de Sardes, se le aproximan para solicitar bendiciones. Algunos soldados del templo acompañan al presidente del Consejo de Ancianos hasta atravesar la triple muralla que rodea la ciudad. Como hijo de guerrero griego, el druida piensa que el templo de Éfeso no está tan protegido como el de Sardes y un escalofrío recorre su cuerpo. Su heredado sentido estratégico le dice que, de algún modo, debería fortalecer más sus defensas.

Capítulo III:

La llegada de Velvur

Hace ya tiempo que Tántalo estuvo en Sardes. Mi abuelo nos manda mucho a su águila con noticias de papá para que pueda verla. Presiento cuando se acerca al templo y la llamo desde mi balcón. Me deja que le quite yo los mensajes y se los entrego a mamá. Salmah sabe que puedo adivinar sus contenidos, pero me ha pedido que no lo haga: nunca debo leer la mente de ninguna persona sin su permiso. Algunas informaciones de Tántalo son referentes al templo, ceremonias y comentarios medicinales; otras, sobre Velvur, a quien tanto esperamos. Yo sé que papá estará aquí pronto. Desde aquella noche en brazos de Salmah lo siento muy dentro de mí. Tengo tantas ganas de abrazarlo. Su pelo negro azabache suelto sobre los hombros le favorece mucho. Su cara refleja un poco de tensión ante el encuentro. La veo cruzar la estancia atareada, poniéndose perfume, escrutándose frente al espejo.

—Ha llovido mucho desde que se fue, demasiado... —murmura Salmah mientras pasea arriba y abajo. Me coge las manos, se arrodilla a mis pies y me dice dulcemente—: Sé que estás impaciente, hija, ya tienes cinco años y quieres conocer a tu padre.

—Velvur está cerca, madre. ¡Pronto entrará en Sardes!

—Yo también lo presiento. ¿Estoy hermosa con estas ropas?